El Problema de la Escuela Preparatoria

Vuelve a ponerse a discusión en nuestros días, el problema de la Escuela Nacional Preparatoria. Realmente, la preparatoria ha sido un problema desde su fundación por don Gabino Barreda. Porque es una escuela excepcional, por no decir monstruosa. Se creó fuera de todo orden pedagógico regular, para ver de realizar el pensamiento positivista de la educación secundaria y, desde entonces, ha venido modificando sus planes de estudio, sin acertar nunca a ponerse de acuerdo con los fines esenciales de la educación contemporánea.

El positivismo de Augusto Comte veía, de preferencia, en lo que llamó "el saber positivo", la base de la educación humana. El llamado "saber positivo" es la ciencia. Barreda ordenó la educación de los preparatorianos tomando en cuenta el cuadro general de las "ciencias abstractas fundamentales", conforme a los criterios positivistas de "la generalidad decreciente y la complejidad creciente" de los fenómenos, criterios que hacen del edificio científico una serie (que inicia la matemática y remata la sociolo-

gía), a través de la astronomía, la física, la química y la biología.

Pero, si la ciencia es, inconcusamente, uno de los fundamentos de la educación, las letras, el arte, la filosofía y la historia reclaman, con iguales derechos, su esfera de acción en la obra de la educación humana. El mismo fundador del positivismo sugirió, en su sistema, la "subordinación del pensamiento al corazón"; y terminó su obra y su vida creando una nueva fe: "la religión de la humanidad". Una pura educación científica, "positiva", es un puro absurdo, aun ante los criterios del positivismo.

¿Cómo enseñar a los jóvenes a filosofar con todo el espíritu, como lo dijo Platón, sin acercarlos, en las aulas de la Escuela Preparatoria, a las aguas lustrales de las letras humanas, del arte y de la historia? ¿Cómo formar hombres sin humanidades? ¿Cómo integrar espíritus cabales sin cultura de salvación, sin filosofía, sin religiosidad? . . . Estas graves interrogaciones no pueden eludirse. Una pura educación "científica" (lo que por ello se entiende en México es una edu-

cación informada sólo en la ciencia natural), es un puro absurdo. Sin ciencia cultural no hay ni puede haber educación humana, porque no hay ni puede haber cultura. La verdadera cultura, según Nietzsche, es "unidad de estilo".

Nos empeñamos, en México, en organizar el mundo y disponer la vida como si fuésemos un pueblo excepcional entre las naciones. No; los pueblos de civilización europea obedecen, irrefragablemente, al desarrollo de ciertas instituciones, que son la obra secular de las gentes nacidas en las formas sociales y morales de su propia cultura. Así como todos los individuos de una nación se refieren a las formas sociales de su propio pueblo, las diversas naciones que conviven dentro de una cultura, en ella "son y se mueven", para usar de la fórmula evangélica. No hay para qué pretender anular, en la educación mexicana y sus formas, la forma universal del pensamiento europeo.

Refiriéndonos, ahora, a Europa, notaremos que las dos grandes naciones maestras, Alemania y Francia, tienen resuelto el problema de los estudios preparatorios, en los términos propios de la cultura europea. El "Liceo" francés es el orgullo de Francia, como el "Gimnasio" alemán constituye un timbre de gloria para esta otra insigne nación. La Escuela Preparatoria, en México, debe al fin optar por un plan de estudios que se halle a la altura del "momento histórico" que alcanzamos. No se trata de inventar una nueva organización pedagógica, sino referir a las condiciones peculiares de México la obra secular de la civilización europea.

En suma: tanto en Francia como en Alemania, la educación en su grado medio, se ha dividido en dos grandes ramas: las letras y las ciencias, El Gimnasio y la Escuela Real. En Francia hay

tres "clases": lenguas vivas, lenguas clásicas y ciencias. La preparatoria mexicana debe convenirse, al fin, de que es imposible que todos los jóvenes preparatorianos abarquen en su educación el conjunto de las disciplinas culturales de la humanidad. Hay que evitar, en el grado medio de la enseñanza, dos escollos igualmente funestos: el enciclopedismo y la especialización absurda. El enciclopedismo de Barreda ha sido un fracaso notorio. ¡También lo será ese ánimo de hacer de la Escuela Preparatoria un centro de estudios destinado a "preparar" a ingenieros, médicos y abogados, sin cuidar de ver que, antes que profesores liberales, los jóvenes educandos deben ser hombres!

Las divisiones del bachillerato no están por hacer: ya se han hecho, y bien hecho, en la educación europea. Un primer grupo de estudios se refiere a la cultura clásica. Declarar que el latín y el francés son "estudios optativos", es consagrar a la barbarie a quienes no "opten" por practicarlos. ¿Cómo será posible formar jurisconsultos idóneos sin latín ni francés? ¿Cómo resultarán "preparados" los bachilleres que van a cursar jurisprudencia si ignoran la lengua en que Roma legisló para el mundo? . . . Un abogado sin latín ni derecho romano será siempre un pedante. Algo como un filósofo que no estudie filosofía griega. Roma y su genio jurídico, Grecia y su genio filosófico, son la base de la cultura humana. Por tanto, una sección de la Escuela Nacional Preparatoria deberá consagrarse a los estudios clásicos.

Pero, no todos los bachilleres de la universidad habrán de ser alumnos del Gimnasio. Al lado de las lenguas clásicas, está la vida moderna, el conocimiento de las lenguas y la cultura de los pueblos contemporáneos, que "van a la

vanguardia de la civilización". El francés, el inglés, el alemán y el italiano son de clarísima utilidad para los jóvenes que se dedican a las profesiones liberales. Por ende, otra sección de los estudios preparatorios deberá consagrarse a esta especie de actividad absolutamente esencial.

La tercera clase se formará con los estudiantes consagrados a las ciencias; porque sin cultura científica no es concebible impartir la educación moderna. El error estriba en querer o pensar impartir a todos los bachilleres todas las enseñanzas. No; todo lo hacemos entre todos: pero no todo cada uno de nosotros. El joven debe ser encaminado a la vida y la acción por los tres rumbos descritos: las ciencias, las lenguas vivas y las lenguas clásicas. De este modo, habrá bachilleres idóneos para la Facultad de Filosofía y Letras; para la de Ciencias, la Escuela de

Ingenieros y la de Medicina así como para la Facultad de Jurisprudencia.

En conclusión: urge reformar los estudios preparatorios de la Universidad de México, para ponerlos a la altura de los europeos, evitando con la misma atención y el propio esmero ambos tremendos escollos que tantas veces frustraron la obra de la educación mexicana en el grado medio de la enseñanza: el enciclopedismo falso, que procede de la reforma de Barreda, y el absurdo propósito de especialización, que pretende escamotear a los jóvenes bachilleres —en contraposición con el error anteriormente descrito— los amplios horizontes de la cultura humana, para darles sólo, en cambio, materias técnicas que ya tendrán tiempo de aprender cuando pisen —si a pisar llegan— los umbrales de las facultades universitarias.

DR. ANTONIO CASO

Tomado de: Antonio Caso, "México, apuntamientos de cultura patria", en *Obras Completas*, tomo IX. México, 1976, págs. 187 a 189. Apareció originalmente publicado en *El Universal*, 13 de enero de 1939 y fue reeditado en el libro misceláneo del autor: *México, apuntamientos de cultura patria*. México, 1943. Imprenta Universitaria.